

## **JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *DE EUROPA MEDITATIO QUAEDAM*, UN IMPULSO FUNDAMENTAL PARA EL INICIO DEL PROCESO DE INTEGRACIÓN EUROPEA DESPUÉS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL**

**Luis Alberto MORATINOS LAGARTOS**

Universidad de Valladolid

*De Europa meditatio quaedam* fue el título de la conferencia que el filósofo y pensador español José Ortega y Gasset dictó un 7 de septiembre de 1949 en la Universidad Libre de Berlín, situada en el sector occidental de la ciudad. En una Europa desolada, en ruinas, desmoralizada y hundida, Ortega depositó su pensamiento europeísta más esperanzador.

Hasta ahora todos los estudiosos de la materia coinciden en señalar como los impulsos más importantes que conducen al proceso de la integración europea: el discurso de Winstown Churchill, en la Universidad de Zurich el 19 de septiembre de 1946; el Programa de Recuperación Económica Europea o Plan Marshall de 1948; el Congreso de La Haya o “Congreso de Europa”, celebrado durante los días 7 y 10 de mayo de 1948; y la “Declaración Schuman” de 9 de mayo de 1950<sup>1</sup>.

A los anteriores deberíamos incluir, según nuestro entender, la conferencia de José Ortega y Gasset *De Europa meditatio quaedam* como impulso pionero equiparándolo con los ya citados, por las siguientes razones: en primer lugar, debemos de considerar el significado histórico donde pronunció su conferencia: el Berlín dividido de 1949, dentro de un marco histórico caracterizado por la división y ocupación militar del territorio alemán, en medio de una Europa fragmentada, donde ya era patente el comienzo de la llamada Guerra Fría y la polarización de bloques, que condicionaron las relaciones internacionales y el nuevo orden mundial tras 1945; en segundo lugar, por la

---

<sup>1</sup> Con respecto a estas cuatro iniciativas que canalizan los afanes europeístas tras la Segunda Guerra Mundial y van a ser los impulsos que lleven a buen término el inicio del proceso de integración de Europa, *vid.* Pérez Sánchez, Guillermo, “La Europa comunitaria, año cero; la puesta en marcha del proceso de integración”, en Hernández Sánchez, Alfredo y Sacristán Represa, Marcos (coords.), *Cincuenta años de la Unión Europea: reflexiones desde la Universidad*, Instituto de Estudios Europeos, Universidad de Valladolid, Oviedo, Septem ediciones, 2001, pp. 11-23; y también en Martín de la Guardia, Ricardo M. y Pérez Sánchez, Guillermo Á., *Historia de la Unión Europea. De los Seis a la ampliación al Este*, Madrid, Arco/Libros, 2003, pp. 19-34.

importancia, el valor y el interés de quien la pronuncia: Ortega y Gasset tiene títulos suficientes para ser considerado uno de los pensadores europeístas más importantes de la primera mitad del siglo XX –el “decano” según se definía a sí mismo-, además de un filósofo de proyección y calado internacional; y, en tercer lugar, debemos de considerar la magnitud y trascendencia que portan las ideas sobre Europa de la conferencia señalada: el llamamiento a la reconstitución de la nación alemana dentro del contexto europeo, e impulso de la llama europeísta tras el segundo gran conflicto del siglo XX.

### 1. El significado histórico de la meditación orteguiana

Con las palabras, <<Pienso que es Berlín, precisamente en Berlín, donde se debe hablar de Europa>>, comenzaba Ortega y Gasset su conferencia *De Europa meditatio quaedam*<sup>2</sup>. Primera frase que reviste la importancia que tenía la ciudad en el momento histórico en el que el pensador español pronunció su discurso. Ortega era plenamente consciente de este hecho y fue precisamente en la ciudad alemana donde desplegó su pensamiento europeísta una vez finalizada la terrible contienda.

El 7 de mayo de 1945, tras seis años de terrible conflicto, callaron las armas en Europa. El panorama era desolador. El balance material y humano que dejó tras de sí la Segunda Guerra Mundial era escalofriante. En el ámbito político, las cuatro potencias principales de preguerra –Alemania, Gran Bretaña, Italia y Francia- estaban absolutamente exhaustas y, por diferentes motivos, incapacitadas para liderar el viejo continente. El segundo conflicto mundial supuso el ocaso de Europa y la pérdida de la hegemonía europea a nivel planetario. El vacío de poder continental era inquietante y peligroso. Las dos potencias claramente vencedoras de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos y la Unión de Republicas Soviéticas Socialistas, tenían además presencia militar en suelo europeo. Había llegado la hora de las superpotencias. Estadounidenses y soviéticos eran los dueños de Europa, y el destino del Viejo Continente estaba en sus manos.

En primer lugar, el destino de Europa Oriental quedó sellado entre 1945 y 1948, culminándose un proceso de satelización soviética que llevó a la instalación en los distintos países del este y centro de Europa de regímenes socialistas bajo la órbita de Moscú<sup>3</sup>. La amenaza comunista y la precaria situación en la que se encontraba la Europa

---

<sup>2</sup> *Obras Completas*, IX, Madrid, Revista de Occidente/Alianza Editorial, p. 247.

<sup>3</sup> Cfr. Martín de la Guardia, Ricardo M. y Pérez Sánchez, Guillermo A., *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días*, Madrid, Síntesis, 1995, pp. 15-52.

Occidental, hizo que Estados Unidos tomara partido a través de la Doctrina Truman (1947) o de contención del comunismo, junto con un programa de recuperación económica, el llamado Plan Marshall (1948), convirtiéndose así en “potencia europea”<sup>4</sup>.

Por otro lado, las visiones antagónicas de la posguerra debilitaban el acuerdo entre los aliados. La ruptura de la llamada “gran alianza” -que había dado sus frutos al conseguir la victoria en la contienda y planificar la posguerra conjuntamente a través del llamado sistema de conferencias-, y el enfriamiento progresivo de las relaciones entre las dos superpotencias, llevaron al mundo al comienzo de la Guerra Fría y la política de bloques. Dicho fenómeno histórico condicionó el nuevo orden internacional nacido de la Segunda Guerra Mundial y representado por la Organización de Naciones Unidas (ONU).

Pero a nosotros, como a Ortega, nos importa Alemania. El estado de Alemania tras la derrota era terrible: seis millones de pérdidas humanas, las ruinas cubrían lo que antes eran ciudades, carreteras y fábricas, el territorio del *Reich* invadido por el este y por el oeste y Berlín destruida tras la postrera y desesperada batalla. Tras el armisticio, el territorio seguía ocupado y la principal preocupación de los vencedores era asegurar la imposibilidad de un renacimiento alemán<sup>5</sup>.

Pero el futuro de Europa, de esa Europa de la cual pretendía hablar nuestro pensador, pasaba por el eje alemán y berlinés. Las conferencias de Yalta y Potsdam en 1945, anunciaron un Consejo Interaliado de Control para el gobierno inmediato del territorio alemán. El país se dividió en cuatro zonas de ocupación y su capital, Berlín, corrió la misma suerte. Pero las diferencias entre las políticas de los aliados produjeron la división del país, y por ende, de Europa, que quedó dividida por el “telón de acero”<sup>6</sup>. Dos fueron los acontecimientos principales que llevaron a tal división: de un lado, la unificación de las tres zonas del territorio occidental tras los acuerdos entre estadounidenses, británicos y franceses entre los años 1947-1948 y el propósito de llevar a cabo una reconstrucción germana en clave democrática occidental; y, de otro lado, la respuesta soviética con su bloqueo de Berlín entre junio del año 1948 y mayo del 49.

---

<sup>4</sup> Cfr. Spanier, John, *La política exterior norteamericana a partir de la Segunda Guerra Mundial*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991.

<sup>5</sup> Bergsdorf, W., *Von Jalta bis zur Spaltung. Besatzung und politischer Wiederaufbau Deutschlands, 1945-1949*, Melle, 1979.

<sup>6</sup> Según la expresión certera de Winston Churchill en su famoso discurso del 5 de marzo de 1946 en Fulton (Missouri).

Dichos acontecimientos aceleraron el proceso traumático de la formación de dos Alemanias.

En el año 1949, y con pocos meses de diferencia, la formación de las dos alemanias se consumó. El 23 de mayo nacía la República Federal Alemana (RFA) y en noviembre la República Democrática Alemana (RDA). Mientras que la primera se presentaba un sistema político en clave occidental mediante una democracia liberal parlamentaria, la segunda lo hacía en clave socialista de tipo soviético, la denominada democracia popular. Alemania, y su capital Berlín, se convirtieron así en testigo claro de la división de Europa y por ende del mundo en dos concepciones políticas, económicas, sociales y culturales totalmente distintas.

De este hecho, concretamente del distinto uso que se hacía de la palabra democracia y de la división política en dos bloques antagónicos, nos dejó constancia Ortega en su conferencia del 7 de septiembre del año 1949, en el corazón mismo donde se estaba librando “la batalla”. Merece la pena en este sentido, reproducir aquí todo el párrafo, ya que las palabras claras de Ortega nos pueden servir de resumen de lo que fue la Europa y el mundo de la posguerra entre los años 1945 y 1949, en el ámbito político. Habla Ortega: <<La palabra democracia era inspiradora y respetable cuando aún era *siquiera como idea*, como significación algo relativamente controlable. Pero después de Yalta esta palabra se ha vuelto ramera porque fue pronunciada y suscrita allí por hombres que le daban sentidos diferentes, más aún, contradictorios: la democracia de uno era la antidemocracia de los otros dos, pero tampoco estos dos coincidían suficientemente en su sentido. Para el inglés es la democracia americana aquella constitución que permite al pueblo elegir cada cinco años un nuevo tirano. El presidencialismo *sería* sentido por el inglés como una tiranía compulsación periódica de ritmo *lustral*. La palabra democracia, pues, ha quedado prostituida porque ha recibido *sobre sí* los hombres más diferentes>><sup>7</sup>.

La irremediable división en dos mitades antagónicas tanto Alemania como Europa, llevó a las dos superpotencias –estadounidenses y soviéticos- a reforzar y consolidar cada una de las dos partes. Estados Unidos con la Doctrina Truman en 1947 y el Plan Marshall en 1948 ayudó a los países occidentales<sup>8</sup> a consolidar sus democracias parlamentarias frente a los partidos comunistas, que cada vez adquirirían mayor

<sup>7</sup> *Obras Completas*, IX..., *op. cit.*, p. 249.

<sup>8</sup> De las ayudas económicas del Plan Marshall se beneficiaron todos los países europeos occidentales, excepto España por su aislamiento tras la Segunda Guerra Mundial y Finlandia por presiones soviéticas. Al respecto, *vid.* Fernández Navarrete, D., *Historia y economía de la Unión Europea*, Ed. Ramón Areces, Madrid, 1999, p. 53.

protagonismo, y a corregir su maltrecha y caótica economía proporcionando así una mayor estabilidad social. La URSS, por su parte, fortaleció su campo de acción mediante la soviétización de la Europa del Este, cuyo momento culminante fue “el golpe Estado-revolución” de Praga de febrero de 1948, y con la creación del *Kominform* o la oficina de información comunista en septiembre de 1947 y en enero de 1948 del COMECON. A través de estas acciones, los dos Estados alemanes recién creados se reforzaban dentro de sus distintos bloques.

Una vez consolidado el plano político y económico, restaba el militar. En este sentido, la verdadera reconstrucción de Alemania occidental pasaba por su rearme y su incorporación al llamado Pacto Atlántico, la OTAN, nacida en marzo de 1949. En la parte oriental, la URSS realizó la misma operación con sus países satélites –y entre ellos la Alemania comunista- mediante el Pacto de Varsovia en 1955.

Pero en esta Europa dividida y relegada, colmada de proyectos “foráneos”, se produjo un impulso de lo propio y auténtico. La reactivación del ideal europeísta tras la Segunda Guerra Mundial es un hecho constatado al que van a contribuir un buen número de intelectuales y políticos de posguerra. Estos afanes europeístas recogieron y canalizaron los frutos de la idea de Europa tras su propulsión en la época de entreguerras, y, a través de una serie de impulsos significativos dio lugar al inicio del proceso de integración europea.

El primero de estos impulsos vino de la mano de Winston Churchill. El 19 de septiembre de 1946, el ex primer ministro británico pronunciaba una conferencia en la Universidad de Zurich donde invitaba a los europeos a edificar los Estados Unidos de Europa. Las palabras de Churchill influyeron a los países occidentales para la aceptación del Plan Marshall en 1948. El ambicioso programa de Recuperación Económica Europa, propició la fórmula de cooperación entre los países europeos occidentales a través de la creación de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE)<sup>9</sup>.

El tercero de los impulsos fue la Conferencia de la Haya, desarrollada entre el 7 y 10 de mayo de 1948. Esta conferencia, conocida como el “Congreso de Europa”, fue organizada por el Comité Internacional de Coordinación de los Movimientos para la Unidad de Europa. Reunió en su seno a las personalidades europeístas más importantes. El congreso de Europa reafirmó la voluntad de los pueblos de Europa de impulsar la

---

<sup>9</sup> Vid. Melandri, P., *Les États-Unis face a l'unification de l'Europe, 1945-1954*, Paris, A. Pedone, 1980, pp. 87-125.

creación de “una unión económica y política”. Una de las consecuencias más importantes de esta conferencia fue la creación en mayo de 1949 del llamado Consejo de Europa, con el objetivo de velar por los derechos humanos, libertades formales, la justicia y el Estado de Derecho. Pero el impulso definitivo lo dio el francés Robert Schuman. Su famosa “Declaración” del 9 de mayo de 1950 impulsó definitivamente el proceso de integración europea después de la Segunda Guerra Mundial<sup>10</sup>.

Poniéndonos en cuestión con el contexto histórico a nivel mundial, pero sobre todo europeo, alemán y berlinés, y teniendo en cuenta la reactivación del ideal europeísta a partir de 1945 y su canalización a través de una serie de impulsos fundamentales que llevaron a la fructificación de un proceso de integración a nivel europeo, debemos incluir dentro de este marco la conferencia *De Europa Meditatio Quaedam*, dictada por Ortega en septiembre de 1949 en Berlín occidental.

Dentro de las razones que aducíamos para la consideración del texto de la conferencia *De Europa Meditatio quaedam* como impulso europeísta de primer orden -a la misma altura que los anteriores y con su mismo relieve- tras la Segunda Guerra Mundial, señalábamos en primer lugar el significado histórico del lugar donde fue pronunciada dicha conferencia, dentro de ese contexto histórico alemán, europeo y mundial. El contexto histórico a estos tres niveles fue analizado y no tenemos ninguna duda de la importancia que adquirió una fecha, -7 de septiembre de 1949- y un lugar - Universidad Libre de Berlín-. Por otro lado, también adquirió importancia un nombre - José Ortega y Gasset-, y un texto -la conferencia *De Europa meditatio quaedam*- a través de la llama europeísta que éste portaba.

Fue en esta situación de división y guerra larvada que acabamos de analizar en la que Ortega y Gasset tuvo el valor de hablar de Europa y el europeísmo, y de Alemania y su recuperación para sí misma y para Europa. Más aún, fue en pleno corazón del conflicto, donde la historia latía más fuerte y más deprisa en esos años duros de la posguerra berlinesa, alemana, europea y mundial. Fue en ese tiempo y en ese lugar, donde Ortega volvió a depositar su pensamiento europeísta, su semilla europeísta, su sí a Europa. En un Berlín fragmentado, en una Alemania dividida y en una Europa rota, angustiada y desmoralizada, fue donde puso Ortega su esperanza y sus anhelos de forjar

---

<sup>10</sup> Al respecto, *vid.* Fontaine, P., *Una idea para Europa. La declaración Schuman (1950-1990)*, Luxemburgo, Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas, 1990.

“la gran empresa unitiva” que desde los años treinta venía proclamando, y su razón histórica exigiendo<sup>11</sup>.

Nos bastaría sólo esta razón para reivindicar la conferencia *De Europa meditatio quaedam* como uno de los impulsos europeístas fundamentales que después de la Segunda Guerra Mundial ayudaron a que fructificará el proceso de integración europea, de unidad de Europa. Nos bastaría sólo con hablar del lugar donde se pronunció dicho texto, la fecha y acompañarlo de un escueto nombre y un párrafo indicativo de las ideas principales que allí se han tratado. Pero aún debemos de seguir esgrimiendo razones que nos ayuden a auparla a lo más alto. Hemos analizado una fecha y un lugar, nos queda un nombre y unas ideas.

## 2. José Ortega y Gasset, el “decano de la idea de Europa” tras la Segunda Guerra Mundial

Naturalmente, el nombre al que nos estamos refiriendo es el de José Ortega y Gasset. El pensador español fue un destacado europeísta durante el periodo de entreguerras. Su europeísmo se enmarcaba dentro de lo que podemos llamar el “pensamiento europeo de Ortega”, donde únicamente era una de las dos ramificaciones que componían el mismo. La otra ramificación estaba compuesta por el programa de europeización. Por su afinidad, por tanto, no debemos eludir que al Ortega europeísta le acompaña el Ortega europeizante.

En este sentido, en un recorrido por su pensamiento europeo tenemos que decir que Ortega descubrió a Europa a través de la circunstancia española<sup>12</sup>, y se sirvió de ella

<sup>11</sup> Ortega y Gasset, J., *Obras Completas*, IV, Madrid, Revista de Occidente/Alianza Editorial, 1983, p. 272 y p. 119.

<sup>12</sup> Según Cerezo Galán, el punto de partida que impulsó el pensamiento orteguiano es triple y estaría conformado por su sentido autobiográfico, el problema de España y la cuestión de Europa, existiendo una relación clara entre los tres. Así, en Ortega, su sentido autobiográfico, concretamente su vocación personal y la obsesión del problema de España, le lleva a proyectar una reforma moral e intelectual y una reforma vital e institucional para combatir y solucionar dicho problema. En este sentido –en la búsqueda de la solución al problema español-, Ortega descubre a Europa y ésta será concebida como orientación a través de la fórmula de la europeización (*Ortega y Gasset*, -Edición de Pedro Cerezo Galán-, Barcelona, Ed. Península, 1991, pp. 7-19). Ésta es, según Julián Marías, la innovación de Ortega, el cual <<va a hacer una teoría que nazca de esa preocupación que comparte, movida íntimamente por ella, por ella vivificada>>, continuando después afirmando que <<esa teoría va a tener como objeto primario la circunstancia española, para conseguir la verdad>>, lo que le llevará a Ortega a enfrentarse teóricamente con el problema>>, llegando así <<a la filosofía más rigurosa>> (*Ortega* [1]. *Circunstancia y vocación*, Madrid, Alianza, 1983, los entrecomillados en pp. 170 y 171). A partir de estos momentos, el concepto circunstancia se va a convertir en clave principal para comprender esa filosofía a la que Ortega ha llegado. Este concepto va a ir inmerso en la fórmula de la primera hora <<yo soy yo y si no la salvo a ella no me



como orientación para el llamado “problema secular español” –es decir, el atraso y la postración con respecto a la realidad histórica de Europa- a través de un programa singular de europeización, cuya pretensión fue la de reconstitución y refundación de España a partir de bases y normas europeas<sup>13</sup>. En 1914, supo mantenerse fiel a esa Europa que se desangraba en los campos de batalla<sup>14</sup> para unirse tras el conflicto, en acción y pensamiento, a los vientos europeístas que soplaban en todo el continente y que estaban representados por una hornada de intelectuales y políticos. De este modo, por un lado, se unió al paneuropeísmo de R. Coudenhove-Kalergi y respaldó con su nombre y su firma el primer Congreso Paneuropeo, celebrado entre el 3 y el 6 de octubre de 1926 en Viena<sup>15</sup>; y, por otro lado, contribuyó con su pensamiento a enriquecer la idea de Europa y a fortalecer el movimiento europeísta a través de su libro de 1930 *La rebelión de las masas* -donde ya apostó claramente por la formación de unos “Estados Unidos de Europa”<sup>16</sup>-, y sus complementos “Prólogo para franceses” y “Epílogo para ingleses” de 1937 y 1938, respectivamente. Textos que señalaron su “primera plenitud europeísta”.

---

salvo yo>>, dentro de sus *Meditaciones del Quijote*: su primer libro filosófico escrito en 1914. La circunstancia, por lo tanto, se debe entender como todo lo que rodea al hombre, todo que interviene en su vida, y es utilizado por él para hacerse a sí mismo. Pero en la doctrina orteguiana <<toda circunstancia está encajada en otra más amplia>> (*Obras Completas*, I, Madrid, Revista de Occidente/Alianza Editorial, p. 563). Ortega, tomando esta consideración rigurosamente, advierte que su circunstancia española está encajada en otra mayor: Europa. Tras lo cual, podemos decir con Marías que <<desde esta actitud se va a movilizar el “europeísmo” de Ortega>>. José María Beneyto también insiste en esta misma línea de interpretación, diciendo que <<Ortega es europeísta a fuerza de españolismo, de su patriotismo español>>. Y según esta fórmula, <<el europeísmo de Ortega fue evolucionando al ritmo de la situación española y de su idea de España. Y el españolismo de Ortega fue evolucionando al ritmo de la situación europea y de su idea de Europa>> (*Tragedia y razón: Europa en el pensamiento español del siglo XX*, Madrid, Taurus, 1999, los entrecomillados en pp. 125 y 129).

<sup>13</sup> Para profundizar sobre las líneas básicas que componían el programa de europeización pergeñado por Ortega, *vid.*, entre otras aportaciones, Abellán, J. L., *Historia crítica del pensamiento español*, V.III, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, pp. 46-88; Barja, C., *Libros y autores contemporáneos*, Nueva York, Las Américas Publishing, 1964, pp. 138-142; Beneyto, J. M., *Tragedia y razón...*, *op. cit.*, pp. 125-158; Marías, J., *Ortega* [1]. *Circunstancia y vocación...*, *op. cit.*, pp. 58-67 y 167-180.

<sup>14</sup> Sobre la fidelidad orteguiana a Europa -y, por lo tanto, también a España-, en tiempos de la Gran Guerra, y, por otro lado, sus enormes consecuencias para la elaboración de su pensamiento europeísta, *vid.* Marías, J., *Ortega* [2]. *Las trayectorias*, Madrid, Alianza, 1983, pp. 59-61.

<sup>15</sup> Además de Ortega, numerosos intelectuales, pensadores y políticos de altura y renombre dieron su nombre y su firma en apoyo del movimiento Paneuropeo. Entre ellos, podemos nombrar a personalidades de la talla de Albert Einstein, Thomas Mann, Heinrich Mann, Selma Lagerföf, Sigmund Freud, Rainer María Rilke, Paul Valéry, Paul Claudel, Jules Romains, Bertrand de Jouvenel, Daladier, Louis Louchet, Léon Blum, Painlevé, Paul Boncour o sus compatriotas Salvador de Madariaga y Miguel de Unamuno. Cfr. Muet, Y., *Le débat européen dans l'entre-deux-guerres*, Paris, Ed. Economica, 1997, p. 38.

<sup>16</sup> Según Bernard Voyenne, fue Carlo Cattaneo quien utilizó por primera vez, en los momentos revolucionarios de 1848, la expresión “Estados Unidos de Europa” (*Historia de la idea europea*, Barcelona, Labor, 1970, p. 156). Ortega hizo acopio en 1930 de lo que ya constituía lenguaje europeísta, y desembocó en la fórmula federalista de los “Estados Unidos de Europa” para llevar a cabo la construcción de la Europa unida (*Vid. Obras Completas*, IV, Madrid, Revista de Occidente/Alianza Editorial, p. 242).



Consideramos a Ortega y Gasset, pues, como un destacado europeísta de los años 20 y 30, que supo mantener la llama del europeísmo durante los años duros del segundo conflicto mundial, y contribuir una vez finalizada la contienda a la reactivación de los afanes europeístas y a impulsar el inicio del proceso de integración de Europa.

Es interesante advertir la doble fidelidad de Ortega a Europa. Si en 1914 Ortega supo mantener su credo y su esperanza en Europa, reactivando el impulso europeísta una vez finalizada la Gran Guerra y manteniéndolo vivo durante toda la época de entreguerras, el comportamiento durante la Segunda Guerra Mundial y tras la misma, fue similar: guardó silencio durante el conflicto, a la vez que confirmaba su europeísmo en un texto del año 1941 –un prólogo al libro de Johannes Haller, que lleva por título *Las épocas de la historia alemana*<sup>17</sup>-, y, cuando acabó la guerra retomó con fuerza sus viejos postulados europeístas y llenó de vigor y esperanza los anhelos de unidad europea. Esta época supuso para Ortega el reencuentro con Europa<sup>18</sup>.

Pero antes de ese reencuentro, Ortega había salido de la Europa en guerra, y cambió su residencia francesa del exilio por la Argentina. Allí, entre finales del año 1939 y principios del año 1942 transcurrió la segunda etapa del exilio orteguiano<sup>19</sup>. En su refugio bonaerense, el pensador español, a través del mencionado prólogo al libro de Johannes Haller, confirmó su europeísmo en los años de la Segunda Guerra Mundial. En este texto, recogió brevemente los postulados europeístas a los que llegó en la época de entreguerras, pudiendo resumir éstos en dos principales: en primer lugar, la constatación de una sociedad europea -con todos sus atributos como sociedad- preexistente a las distintas naciones de Europa; y, en segundo lugar, la <<incesante dinámica entre la unidad y la pluralidad>><sup>20</sup> como tónica de la convivencia histórica entre las naciones europeas y como clave fundamental para poder lograr una efectiva unidad europea<sup>21</sup>, en la que esa sociedad llegue <<a condensarse en la forma superlativa de sociedad que llamamos Estado>><sup>22</sup>. En este sentido, la resistencia europeísta de Ortega en los años de la Segunda Guerra Mundial se enmarcó en un plano mayor. Fue mediante iniciativas

<sup>17</sup> Se trata del texto que luego los compiladores de las *Obras Completas* de Ortega titularon “La sociedad europea”, encontrándose, dicho texto, en el volumen IX, pp. 317-326.

<sup>18</sup> Cfr. Abellán, J. L., *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, p. 176.

<sup>19</sup> Vid. Ortega Spottorno, J., *Los Ortega*, Madrid, Taurus, 2002, pp. 386-392.

<sup>20</sup> Ortega y Gasset, J., *Obras Completas*, IX..., *op. cit.*, p. 325.

<sup>21</sup> En esta misma línea también se encontraban intelectuales europeos de la talla de Paul Valéry, T. S. Eliot o Ernst Jünger, entre otros.

<sup>22</sup> Ortega y Gasset, J., *Obras Completas*, IX..., *op. cit.*, p. 323.

como la “Unión Franco-Británica” durante los primeros años de conflicto, o por medio del apoyo a la idea de Europa de importantes líderes de la resistencia al nazismo y al fascismo y sus impulsos para la creación de distintos movimientos de resistencia de carácter nacional, que junto a distintos grupos de europeístas continentales y el apoyo de distintas iniciativas individuales, dieron lugar al famoso “Manifiesto de las Resistencias Europeas” del año 1944, los medios por los cuales se canalizó la resistencia europeísta al totalitarismo en los años de guerra y se preservaron los postulados del europeísmo integrador que influyeron en la inmediata posguerra<sup>23</sup>. En conclusión, el pensador español volvió a estar en conexión con la línea más palpitante del europeísmo, tal y como lo había estado en la época de entreguerras.

Entre tanto, Ortega volvió a cambiar de residencia. Portugal, se convirtió en la tercera etapa de su exilio. Tras un periodo breve en Estoril, estableció su residencia en Lisboa y, a partir de 1945 decidió cruzar la frontera española y pasar cortas temporadas en España<sup>24</sup>. En esos años, a caballo entre Portugal y España, Ortega fundó en el año 1948 en Madrid, y en colaboración con Julián Marías, el Instituto de Humanidades, que funcionó como institución privada durante dos años. Las dificultades y la creciente hostilidad que encontró en la España oficial de aquellos años le hicieron desistir de su proyecto<sup>25</sup>. Para Ortega, el fracaso del Instituto de Humanidades, concebido como un reto personal al régimen franquista y un particular intento de alentar de nuevo su circunstancia española, supuso una gran decepción que marcó los cinco años que le quedaban de vida<sup>26</sup>.

Fue en esta situación de renuncia, fracaso y decepción frente a su circunstancia española, cuando Ortega, necesitado de un nuevo rumbo con el que dotar su vida, se volcó hacia exterior iniciando varias giras de conferencias por Europa –y también por América, concretamente en los Estados Unidos–, retornando de nuevo sus ojos a su circunstancia europea, provocando así su reencuentro con Europa y sus postulados europeístas<sup>27</sup>. Su conferencia berlinesa del año 1949, donde Ortega meditó sobre Europa,

---

<sup>23</sup> Brugmans, H., *La idea de Europa, 1920-1970*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1972, pp. 100-103.

<sup>24</sup> Vid. Ortega Spottorno, J., *Los Ortega...*, *op. cit.*, pp. 393-400.

<sup>25</sup> Sobre estos aspectos interesa ver la obra de Díaz, E., *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid, 1992, pp. 48-58 y 90-91.

<sup>26</sup> Vid. Morán, G., *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets Editores, 1998, pp. 273 y ss.

<sup>27</sup> Cfr. Martín Luengo, M., *José Ortega y Gasset. Grandes biografías*, Madrid, Ediciones Rueda J. M., S. A., 1996, p. 157.

marcando estas reflexiones su segunda plenitud europeísta, como también sus epígonos europeístas entre 1950 y 1955, fueron fruto de este reencuentro con Europa.

Como vemos, la afirmación europeísta de Ortega viene de largo, y no se vio reducida ni menguada por ciertos acontecimientos históricos que pudieron hacerlo, sino todo lo contrario, se reforzó y fortaleció aún más<sup>28</sup>. Con este *currículum* europeísta, no nos debe extrañar la afirmación de Ortega en 1953, cuando apuntó que <<(…) muy probablemente soy hoy, entre los vivientes, el decano de la Idea de Europa>><sup>29</sup>. Pero nosotros queremos reseñar que Ortega fue el decano de la idea de Europa tras la Segunda Guerra Mundial no sólo por ser el miembro más antiguo en el grupo de intelectuales que habían pensado sobre dicha idea, sino, también, y muy especialmente por su propio prestigio, renombre y reputación.

Desde la primera de las vertientes, es decir, Ortega como miembro más antiguo de la comunidad de intelectuales europeístas, debemos de considerar como primer paso que Ortega nació en 1883. La generación de los primeros impulsores de la idea de Europa a principios del siglo XX ya había fallecido. De la siguiente generación, es decir, los propulsores de la idea de Europa en la época de entreguerras, la mayoría de sus miembros principales también habían desaparecido: Stresseman, en 1929; Briand, en 1932; E. Husserl, en 1938; H. Bergson, en 1941; G. Gentile, en 1944; P. Valery en 1945; H. von Keyserling, en 1946; N. Berdiaev, en 1947; o, León Blum, en 1950. Otros, como Coudenhove-Kalergi, E. Herriot, B. Croce o J. Benda, seguían vivos en 1953. Con respecto al conde austriaco, hemos de decir que su tiempo y su prestigio europeísta pertenecen a los años de entreguerras, no a los años inmediatos de la segunda posguerra<sup>30</sup>. No obstante, Coudenhove-Kalergi había nacido en 1894, con lo que Ortega, por esta vertiente, seguía manteniendo el decanato. Con respecto a otros destacados europeístas de las décadas de los veinte y los treinta y todavía vivos en fecha de 1953, Ortega era más joven que E. Herriot, nacido en 1872, B. Croce, que nació en 1866 o J. Benda, en 1867. A pesar de ser miembros más antiguos que Ortega, en esa comunidad de intelectuales y pensadores de la idea de Europa, consideramos, siempre basándonos en criterios de prestigio, renombre y reputación, que el lustre de intelectual europeísta del

---

<sup>28</sup> Cfr. Sevilla, J. M., “Ortega y la idea de Europa”, en *Revista de Estudios Orteguianos*, núm. 3, (2001a), p. 99.

<sup>29</sup> *Europa y la idea de nación*, Madrid, Alianza, 1985, p. 20.

<sup>30</sup> Cfr. Martín de la Guardia, R. M. y Pérez Sánchez, G. Á., “Estudio preliminar”, en Coudenhove-Kalergi, R. N., *Paneuropa: dedicado a la juventud de Europa* (traducción de Ángel Gamboa Sánchez; corrección y puesta al día de Martín de la Guardia, R. M. y Pérez Sánchez, G. Á.), Madrid, Tecnos, 2002, pp. xlii-xlvi.

pensador español estuvo por encima de estas tres destacadas figuras. Por último, otros miembros de dicha comunidad pertenecientes tanto a la época de entreguerras como a la generación de pensadores europeístas de la segunda posguerra, nacieron en fechas posteriores a Ortega. Por ejemplo, podemos destacar, entre otros, a: K. Jaspers, nacido en 1883; Salvador de Madariaga, en 1886; T. S. Eliot, en 1888; G. Bernanos, en 1888; A. Toynbee, en 1889; J. Guéhenno, en 1890; F. Flora, en 1891; E. Jünger, en 1895; R. Aron, en 1898; M. Heidegger, en 1899; o, D. de Rougemont, en 1906.

Desde la segunda de las vertientes, el prestigio, el renombre y la reputación del filósofo y escritor español José Ortega y Gasset como filósofo y como meditador de la situación sociopolítica de su tiempo, tanto en el ámbito europeo como mundial, fue muy considerable; eludimos, por tanto, el plano español, donde su autoridad es innegable<sup>31</sup>. <<A mediados de los años veinte –dice Zamora Bonilla-, Ortega había alcanzado un prestigio que sobrepasaba las fronteras nacionales>><sup>32</sup>. Existían traducciones de sus textos al francés y al alemán, además, una publicación breve en Estados Unidos, y su fama ya era considerable en Hispanoamérica –fama que se acrecentó sobremanera con los años convirtiéndose así, sobre todo gracias al exilio español tras la contienda civil, en seña de identidad de magisterio para varias generaciones<sup>33</sup>-, donde se publicaban sus artículos y libros<sup>34</sup>. Pero, sin lugar a dudas, el libro que catapultó a Ortega a la popularidad europea y mundial fue *La rebelión de las masas*, publicado en 1930. Esta obra fue traducida a numerosos idiomas y reiteradamente editada. No es casualidad, a este respecto, que el país donde alcanzó mayor repercusión y éxito el libro –y también el

---

<sup>31</sup> Uniendo los tres planos de influencia, el español, el europeo y el occidental, decía Paulino Garagorri que <<José Ortega y Gasset ha sido el pensador más grande de nuestra lengua, y su proyección gravitará enérgicamente en los diversos medios intelectuales de los pueblos que hablan español. El eco provocado por su desaparición (...) ha dado testimonio sobre su notoriedad excepcional en Europa y en el mundo occidental>> (*Introducción a Ortega*, Madrid, Alianza, 1970, p. 15). En el año de celebración del primer centenario de su nacimiento, Alain Guy, afirmaba que <<de hecho, Ortega se ha esforzado magistralmente por proceder a una verdadera reforma del pensamiento mundial, y veintisiete años después de su muerte, no hemos terminado todavía de hacer balance de su actividad filosófica, sociológica, política y estética, ni de completar la lista exacta y precisa de sus notables aportaciones a la reflexión internacional de nuestro tiempo>> [“Ortega y Gasset y su puesto en la filosofía contemporánea”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 403-405, (enero-marzo, 1984), p. 25]. Precisamente, el año de su primer centenario sirvió de espectacular revulsivo para el estudio y el conocimiento de la figura de Ortega y Gasset, cuyo genio y renombre cada vez se hacen más notorios. En este sentido, esperamos que la celebración del cincuenta aniversario de su fallecimiento en este 2005, pueda proporcionar un nuevo salto para destapar aún más si cabe la autoridad de Ortega.

<sup>32</sup> *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002, p. 266.

<sup>33</sup> Sobre la presencia y dimensión de Ortega en Hispanoamérica interesa ver, entre otras obras, Maharg, J., *José Ortega y Gasset*, Madrid, Cultura Hispánica, 1992, pp. 13-31; Medín, T., *Ortega en la cultura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

<sup>34</sup> Vid. Zamora Bonilla, J., *Ortega y Gasset...*, op. cit., pp. 266-267.

resto de la obra orteguiana- fuera Alemania<sup>35</sup>. A partir de la publicación de dicho texto, la obra y el pensamiento de Ortega fueron solicitadas e inclusive se hicieron traducciones de otros textos al inglés y al alemán, sobre todo. En este sentido, los últimos años de su vida fueron el reconocimiento internacional explícito a su labor y a su persona. Sus conferencias en los Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Suiza o Italia y su doble nombramiento doctor *honoris causa* por las universidades de Marburgo y Glasgow en 1951, así lo avalan<sup>36</sup>.

A este respecto, y a un nivel particular, nos interesa sobre todo señalar la enorme conmoción que Ortega causó aquel 7 de septiembre del año 1949 en la parte occidental de la ciudad berlinesa, cuando meditó sobre Europa ante varios miles de personas que se agolpaban en el edificio universitario para escuchar su palabra<sup>37</sup>. Sólo la enorme expectación, la inquietud y el fervor que causó Ortega aquel día, nos revelan la prodigiosa autoridad intelectual del pensador español en Europa. Por este motivo, no le faltaba razón al escritor francés Albert Camus, para quien Ortega sería, después de Nietzsche, el más grande escritor europeo<sup>38</sup>.

### 3. La llama europeísta que porta la “Meditación sobre Europa” de Ortega

<sup>35</sup> Meregalli, F., “Recepción de la obra de Ortega fuera del mundo hispanohablante”, en *Revista de Occidente*, núms. 48-49, (1985), pp. 135-160.

<sup>36</sup> Este periodo, que abarca los años 1949 hasta 1955, han sido bautizados por Zamora Bonilla como una << cosecha de prestigio internacional >> (*Ortega y Gasset...*, *op. cit.*, pp. 473-488).

<sup>37</sup> Al comienzo de su texto *De Europa Meditatio quaedam*, tanto el publicado en su tomo noveno de *Obras Completas*, como el publicado en el libro *Europa y la idea de nación*, aparece una nota a pie de página que relata la enorme expectación que causó Ortega aquel día en Berlín. Dicha nota fue publicada en el “Semanario de los estudiantes españoles” de Madrid, *La Hora*, II época, núm. 26, (6 de noviembre de 1949), anteponiéndose a unos párrafos de la conferencia de Ortega publicados en este número. El párrafo más significativo de dicha nota, es aquel que dice: << (...) conviene hacer saber que el día en que don José Ortega y Gasset dio su conferencia las multitudes de público que no habían conseguido tarjeta de entrada, a pesar de haberse repartido varios miles –todas las mayores aulas estaban provistas de altavoces–, asaltaron el edificio, y fue inevitable una seria intervención de la Policía. Los periódicos alemanes, durante varios días, han relatado estos incidentes y hecho sobre ellos comentarios bajo el título humorístico: “La rebelión de las masas”, aludiendo al libro de nuestro compatriota, que es hoy una de las obras más populares en Alemania >> (*Obras Completas*, IX..., *op. cit.*, pp. 247-248, o también en *Europa y la idea de nación...*, *op. cit.*, pp. 31-32).

<sup>38</sup> Cit. en Mermall, T., “Introducción biográfica y crítica”, en Ortega y Gasset, J., *La rebelión de las masas*, Madrid, Castalia, 1998, p. 11. En otras consideraciones sobre Ortega: por ejemplo para Alain Guy, aparece << como un incomparable maestro del pensamiento para nuestro tiempo >> [“Ortega y Gasset y su puesto en la filosofía contemporánea”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 403-405, (enero-marzo, 1984), p. 42], o para A. Rodríguez Húscar, << todos los meridianos intelectuales de nuestra hora pasan por Ortega >> (*Con Ortega y otros escritos*, Madrid, Taurus, 1964, p. 26).

Europa fue el gran asunto que trató de estudiar Ortega en esta conferencia. Su definición del tema como “auténtico y vivaz”, nos muestra ya, de partida, la envergadura que cobró la cuestión europeísta en esos años inmediatos de la segunda posguerra<sup>39</sup>. La idea nuclear de la misma, como muy bien ha advertido José Luis Abellán, es <<la existencia de una “sociedad europea” secular, que ha tenido diversas formas de organización a lo largo del tiempo, pero que –las circunstancias históricas actuales– exigen se formalicen políticamente en un nuevo Estado nacional que comprenda a las distintas patrias tradicionales>><sup>40</sup>; es decir, para Ortega los pueblos europeos han caído en un envilecimiento, en una desmoralización, ya que <<la Idea de Nación ha agotado su contenido y no puede proyectarse hacia el futuro, dadas las condiciones de vida actual>>. Y con vida actual se refiere al contexto europeo tras la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, la salvación de estos pueblos de Europa estaría en <<trascender esa vieja idea>> y encaminarse <<hacia una ultra-nación, una integración europea>><sup>41</sup>.

Pero estas ideas no diferían apenas de las expuestas por Ortega en su primera etapa europeísta, cuya plenitud vino marcada por *La rebelión de las masas* y sus complementos. Es más, componen el núcleo duro de su tesis europeísta. Si bien es cierto, por otra parte, que Ortega enriqueció su mensaje europeísta expuesto en la conferencia de 1949, por medio de otras ideas procedentes de otros libros, cursos o conferencias<sup>42</sup>.

El pensador español comenzó su conferencia diciendo que la civilización europea se había vuelto problemática para los europeos, y que éste problematismo se acentuó por el absoluto silencio que habían mantenido <<los más auténticos intelectuales>><sup>43</sup>, los únicos para Ortega capaces de arrojar luz sobre los acontecimientos, de definirlos y esclarecerlos. En ese estado de cosas, el problematismo de la civilización europea hizo que se pensase en una *hora crepuscular vespertina*. Era el fin mismo. Este ocaso fue

<sup>39</sup> *Obras Completas*, IX..., *op. cit.*, p. 248.

<sup>40</sup> *Historia crítica del pensamiento español*, V.III..., *op. cit.*, p. 217.

<sup>41</sup> *Europa y la idea de nación*..., *op. cit.*, los entrecomillados en p. 17.

<sup>42</sup> Sin duda, a este respecto, la aportación más relevante que merece ser destacada fue su análisis sobre el historiador inglés Toynbee, a la par que Ortega realizaba su propia interpretación de la historia universal, preparado todo ello para el primer curso del Instituto de Humanidades del año 1948-49. Con este curso, el pensador español, amplió y perfeccionó sus conocimientos históricos, y, sobre todo, su idea sobre la nación. También encontramos algunas ideas ya expuestas en sus conferencias sobre la figura de Goethe en Aspen, Colorado, (Estados Unidos), o en Hamburgo, (Alemania occidental), en el verano del año 1949; o también de sus estudios sobre el Imperio Romano publicados –junto a la versión en lengua castellana de su texto *Historia como sistema*– en 1941. Pero veamos, en este sentido, la singularidad de las meditaciones sobre Europa que realizó Ortega en ese mismo año. Cfr. Marías, J.: *Ortega* [2]. *Las trayectorias*..., *op. cit.*, p. 383.

<sup>43</sup> *Obras Completas*, IX..., *op. cit.*, p. 249.



negado por Ortega –junto a otros pocos hombres, como él mismo señalaba en el texto<sup>44</sup>– y el problematismo se convirtió en una *hora crepuscular matutina*. Ya que, según la interpretación intelectual del propio Ortega, lo problemático, la duda, lo cuestionable no es la agonía ni el fin, sino el principio, el arranque, la germinación. Porque la duda es el elemento creador y el estrato más profundo y sustancial del hombre, y porque las catástrofes pertenecen a la normalidad de la historia, poseyendo éstas igualmente poder creador.

Para Ortega, gran estudioso de la historia, de las crisis históricas y de los cambios históricos de primer orden y fundamentales, la esencia del devenir histórico –como la del hombre y la cultura– es el cambio, la no permanencia y la mutación. Las ruinas, el mejor de los síntomas de la destrucción y por tanto del cambio, guardan en su reverso de la misma manera el poder creador y un carácter de rejuvenecimiento. Pero en ese momento, decir ruinas es decir Europa, pero sobre todo Alemania y Berlín, su capital. El paisaje de las ruinas asolaba la Europa de posguerra y para Ortega, este paisaje, no dejaba ver el verdadero significado que éstas poseían. Así lo dice en una frase espléndida: <<las ruinas, pues, forman parte de la íntima economía de la historia. Las ruinas son ciertamente terribles para los arruinados, pero más terrible sería que la historia no fuese capaz de ruinas>><sup>45</sup>. En la mente de todos está la vieja Europa arruinada tras la catástrofe de la guerra y la nación alemana bajo escombros y humillada por la derrota. En un ejercicio de valor sin límites, Ortega insta a los alemanes –y por ende a los europeos– a ver esta faz bajo una nueva perspectiva. <<Por eso –dice Ortega– yo quisiera incitar, especialmente a los alemanes, para que se comporten ante su atroz catástrofe no sólo con dignidad, sino con elegancia, viendo en ella lo que es: algo normal en la historia, una de las caras que la vida puede tomar. Por que muchas veces la vida toma, en efecto, un rostro que se llama derrota. Bien, y ¿qué? ¿No puede acaso ser esto una buena fortuna?>><sup>46</sup>. Pero, los consejos al pueblo alemán no sólo se dirigen a su paisaje material, desolado y de carácter ruinoso, sino también a su paisaje interior y psicológico, donde la congoja, el desanimo y la humillación desplazó a la fuerza vital y creadora<sup>47</sup>.

---

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 250.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 251.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 253.

<sup>47</sup> En este sentido, aconseja Ortega al pueblo alemán que se libere <<lo antes posible de cuanto en su estado de ánimo actual es puro efecto traumático de la terrible catástrofe y quédense sólo con lo esencial que, a mi juicio, consiste en estas dos cosas: una, la ilimitada capacidad de enérgica reacción residente en el pueblo alemán, que hace de él el único pueblo aún joven de Occidente; otra, la aceptación tranquila, digna y aun elegante de la derrota>> (*Ibidem*, p. 254). A este respecto, decía G. Uscatescu que Ortega supo

Por lo tanto, asumiendo el reto para la aclaración –como intelectual que era- del problematismo que padecía la civilización europea, y exhortando y reclamando del pueblo alemán la fuerza suficiente para zafarse de tan amargo episodio bélico, así como alentando a la nación alemana a la reconstitución y fortalecimiento anímico y físico una vez descubierto el sentido real e histórico de las ruinas, es como comenzó Ortega su conferencia un 7 de septiembre de 1949 en la Universidad Libre de Berlín. Tras estas palabras matutinas, esperanzadoras, optimistas, que recogieron los miles de asistentes atónitos y a la vez ilusionados, Ortega comenzó a hablar sobre Europa, y volvió a lanzar en una puesta al día, sus viejos postulados europeístas <<en un momento trágico, donde una nueva Europa en ruinas aparece más que nunca como Utopía>><sup>48</sup>. Pero no lo era, si seguimos el argumento europeísta de Ortega.

En Berlín, el pensador español, ante una multitud deseosa de escuchar su magisterio intelectual, volvió a referirse a una sociedad europea histórica, anterior a las mismas naciones europeas -y desarrolladas éstas en ese fondo social europeo-, cuyo origen fue fruto de una convivencia común y continuada, poseyendo ésta todos sus componentes y atributos como sociedad, por ejemplo, el derecho, una opinión pública o un poder público, los cuales se convirtieron en usos generales europeos y fueron ejerciendo una presión determinada sobre las naciones europeas y sus individuos. Según estas premisas, para Ortega, las naciones europeas, se habían movido y habían actuado de un modo pacífico o combativo en un espacio físico e histórico común denominado Europa, a la vez que se fueron nutriendo de un fondo común europeo, caracterizándose, por tanto, por una forma dual de vida en la que han simultaneando a lo largo de su trayectoria histórica homogeneidad y diversidad -lo que significa que iban formando un “genio particular” a la vez que formaban <<un repertorio común de ideas, maneras y entusiasmos>>-, y épocas de predominio europeo y épocas de predominio nacional –denominado en esta conferencia por Ortega, como “pendulación entre lo europeo y lo nacional”<sup>49</sup>-.

Ahora bien, Ortega introdujo pequeñas innovaciones sobre la base de su planteamiento europeísta. Destacamos lo más significativo. Por ejemplo, seguro de sus conocimientos históricos, afirmó que esa forma dual de vida que había caracterizado al

---

<<reunir a la melancolía de sus ruinas el esfuerzo naciente e indómito de sus esperanzas>> (*La otra cara de la libertad*, Forja, 1985, p. 358).

<sup>48</sup> Uscatescu, G., “Forjadores del espíritu europeo”, VV. AA., *Creadores de Europa*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid –Curso de Verano, El Escorial, 1989-, 1990, p. 19.

<sup>49</sup> *Obras Completas*, IX..., *op. cit.*, pp. 255 y 260, el entrecomillado en p. 260.

hombre europeo desde sus orígenes medievales –por eso hablaba de la “dualidad del hombre gótico” - la podíamos encontrar también en la Grecia clásica bajo el binomio *Poleis-Hélade*; eso sí, aunque con ciertos matices, siendo el más importante para Ortega, que el ciudadano de cada polis griega sentía su helenismo de una forma “inercial”, lo que significaba que esta concienciación quedaba a su espalda, era tradición, historia y pasado. De este modo, difícilmente pudo llegar a movilizar las ansías de construcción nacional, si nación era para Ortega empresa y futuro<sup>50</sup>. El europeo, en este sentido, sí sentía su conciencia europeísta como algo futuro, por realizar. Aunque, y he aquí otra novedad, cuando Ortega analiza la idea de nación –y siempre pensando, no lo olvidemos, en la construcción de la nación europea-, añadió al carácter plebiscitario<sup>51</sup> y a su condición de empresa de futuro, su carácter de tradición. Un cambio en su concepción de nación, lógico, por otra parte, si Ortega había constatado que la característica fundamental de Europa es ser “vieja”. En la construcción nacional de Europa no podemos olvidar todo su magnífico pasado, y el deber era heredarlo y superarlo<sup>52</sup>. Confesaba Ortega en su escrito, además, las dificultades existentes para la definición de nación. Se aproximó a su idea contraponiéndose a los argumentos de Toynbee<sup>53</sup> y bajo el método de comparación con la idea de Polis<sup>54</sup>. En este sentido, un descubrimiento fundamental que incidió directamente en sus postulados europeístas, y a la par constituye otro elemento novedoso, fue la consideración de que el concepto de nación pertenecía ineludiblemente a la pluralidad. La nacionalidad -luego convertida en nacionalismo- de cada uno de los pueblos europeos, sólo fue posible a través de la diferenciación entre ellos. Con este argumento, Ortega fortalecía el que consideraba que era el pilar fundamental para la integración de Europa: su sentido unitario y plural juntamente. Por último, Ortega se refirió en exclusiva a la nación alemana y a su proceso de nacionalidad, afirmando que

<sup>50</sup> Vid. Maravall, J. A., “La aportación de Ortega al desarrollo del concepto de nación”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 403-405, (Enero-Marzo, 1984), pp. 511-528.

<sup>51</sup> Idea que Ortega recoge del pensador francés E. Renan y sus estudios sobre qué es una nación.

<sup>52</sup> Al respecto, Enrique Aguilar afirma que en «meditación de Europa este elemento plebiscitario, el “ideal a realizar”, si no desaparece del todo, pasa claramente a ocupar un segundo plano como el factor que prolonga hacia el futuro la figura del pasado nacional. Ortega se olvida de sus objeciones a Renan y, más conservador, (...) carga ahora el peso del argumento sobre la historia, sobre lo que la nación tiene de tradición y arrastre (sus azares, costumbres, impulsos espontáneos, sus prejuicios, en suma). ¿No será ésta, después de todo, la postura más coherente con un pensamiento que por otro lado resaltó tanto el valor de lo heterogéneo o diferencial de los pueblos y de la multiplicidad de situaciones?>>. *Nación y Estado en el pensamiento de Ortega y Gasset*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998, p. 103.

<sup>53</sup> El historiador inglés A. Toynbee había publicado por aquellas fechas algunos tomos de su monumental trabajo *Un estudio de la historia* (12 vols., 1934-61), analizados por Ortega en el primer curso académico de 1948-49 para el Instituto de Humanidades.

<sup>54</sup> Para seguir el desarrollo comparativo entre la idea de polis y la idea de nación, interesa ver Rivas García, M., *José Ortega y Gasset*, A Coruña, Baía, 2002, pp. 77-83.

dicho proceso se elaboró teniendo en cuenta como fondo a la realidad europea y el concierto europeo. Quiso desterrar los fantasmas del nacionalismo agresivo, de la fortaleza superior, única e individual, rescatando así a Alemania a su posición europea y para esa Europa unida donde debía tener labor misional y carácter relevante.

En definitiva, Ortega, con su nueva meditación europeísta, volvió a pedir la integración para Europa, ya que ésta era una realidad histórica de largo pasado, no una utopía de futuro. Pero de nuevo, tal y como sucedió en la primera posguerra, existían peligros que entorpecían a la Europa de la segunda posguerra, el que tenía que ser su auténtico y verdadero camino. Ortega recogió los peligros expuestos antes de la contienda –es decir, en su libro *La rebelión de las masas* y sus complementos- y volvió a señalar que Europa estaba “desocializada”, con la consiguiente pérdida de las vigencias colectivas de carácter europeo, y constató actitudes de hermetismo y agresividad nacional que la guerra se encargó de acentuar. A estos peligros, se sumó uno mayor: los principios de la llamada Guerra Fría y todo lo que éste fenómeno significaba. Aún así, Ortega creía en Europa y confiaba que la unificación de Europa se llevase a cabo, puesto que estaba avalada por el realismo histórico, también por la superioridad que representaba este proyecto, ya que suponía una nueva moral, una nueva norma y empresa vital que devolvería la normalidad y la estabilización al “orden social orteguiano” compuesto por un equilibrio formal entre minorías dirigentes y masas dirigidas, además de una nueva creencia después de una etapa de crisis<sup>55</sup>, así como una nueva posibilidad para la democracia, el liberalismo y las libertades fundamentales, el parlamentarismo y el Estado de Derecho<sup>56</sup>. Por otro lado, consideraba Ortega que el fenómeno de la Guerra Fría, así como el rechazo al internacionalismo, esta vez encarnado en la ONU, antes por la Sociedad de Naciones, podrían convertirse en nuevos catalizadores para llevar a cabo tan magna empresa<sup>57</sup>.

Por último, la propia meditación orteguiana sentó bases y precedió a las numerosas meditaciones europeístas y reflexiones sobre el espíritu europeo que se produjeron en las décadas de los años 50 y 60. Como bien advierte Fusi, <<(…) el deseo de definir lo que Europa había significado en la historia –y lo que debía seguir significando-, la búsqueda de una teoría de Europa que diese sentido y contenido

---

<sup>55</sup> Cfr. Raley, H. C., *José Ortega y Gasset: filósofo de la unidad europea*, Madrid, Revista de Occidente, 1977, p. 195; Sevilla, J. M., “Ortega y la idea de Europa”..., *art. cit.*, p. 82.

<sup>56</sup> Cfr. Kaplanov, R., “La idea europea en la obra de José Ortega y Gasset”, en *España y el mundo*, Moscú, Nauka, 1990, p. 130.

<sup>57</sup> Cfr. Raley, H. C., *José Ortega y Gasset: filósofo...*, *op. cit.*, pp. 184 y 187.

filosófico-cultural a la unidad económica y política, fue paralela a la construcción de las instituciones europeas>>. Hasta en este cometido, como hemos afirmado, la meditación orteguiana fue pionera<sup>58</sup>.

#### 4. Epílogo: los últimos latidos del europeísmo orteguiano en la época de los primeros pasos de la integración europea (1950-1955)

Tal y como ya hemos advertido, la vena europeísta de Ortega no finaliza con su meditación berlinesa. Lo que hemos denominado “segunda plenitud europeísta orteguiana”, tuvo en los últimos años de vida del pensador español sus epígonos. Coincidieron, estos finales empeños europeístas, con el inicio del proceso de integración europea a través de su primera institución comunitaria: la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), creada en virtud del Tratado de París de 19 de abril de 1951, y puesta en funcionamiento al año siguiente<sup>59</sup>. Por lo que Ortega pudo conocer, al menos, los primeros pasos balbucientes y sectoriales de su tan ansiada y deseada unidad de Europa.

Como hemos dicho anteriormente, los años finales de la vida del pensador español estuvieron marcados por el reconocimiento internacional a su vida y a su obra intelectual. Un merecido premio que le llevó a una trepidante gira de conferencias por varios países europeos, entre los años 1950 y 1955. Londres, Munich, Darmstadt, Ginebra o Venecia, fueron algunas de las ciudades europeas que presenciaron y

---

<sup>58</sup> *La patria lejana: el nacionalismo en el siglo XX*, Madrid, Santillana, p. 259. Decir que a las reflexiones de Ortega le siguieron, por ejemplo, títulos como: *L'Esprit l'Europe* (1952), de Salvador de Madariaga; *L'Europe en jeu* (1952), de Denis de Rougemont; *El rapto de Europa* (1954), de Luis Díaz del Corral; *L'Esprit européen* (1957), de Karls Jaspers; la *Histoire de l'Europe*, en varios volúmenes (1958-1962), de Henri Pirenne; la *Histoire de l'Europe* (1960), de Henri Brugmans; *Vingt-huit siècles d'Europe* (1962), de Denis de Rougemont; *L'idée d'Europe dans l'histoire* (1965), de J. P. Duroselle. Otro impulso pionero en las reflexiones europeístas en la segunda posguerra y que marco huella para reflexiones posteriores, fue las *Rencontres Internationales* de Ginebra del año 1946.. Al un año de finalizar la Segunda Guerra Mundial, destacados pensadores e intelectuales europeístas reflexionaban sobre el espíritu europeo. Entre otros, mencionar a J. Benda, que reflexionaba sobre la conciencia europea, Francesco Flora, sobre el propio espíritu europeo, Jean R. de Solis sobre la realidad histórica de Europa, Denis de Rougemont, sobre el equilibrio de las tensiones en Europa, Georg Lukas, sobre la democracia europea o, Karl Jaspers, se preguntaba qué es Europa. Al respecto, decir que existe traducción española de estas *Rencontres*, publicadas en Madrid, Guadarrama, en el año 1956 y con una presentación de Julián Marías. En esta misma línea de precursores, también destacaríamos los estudios europeístas de la escuela italiana de la década de los cuarenta y cincuenta, capitaneados por autores como F. Chabod, C. Morandi o C. Curcio (Cfr. Chabod, Federico, *Historia de la idea de Europa...*, *op. cit.*, pp. 21-22).

<sup>59</sup> Cfr. por ejemplo, Beneyto, José María y Becerril Atienza, Belén, “El proceso de construcción de las Comunidades Europeas: de la CECA al Tratado de la Unión Europea”, en Martín de la Guardia, Ricardo M. y Pérez Sánchez, Guillermo Á., *Historia de la integración europea...*, *op. cit.*, pp. 112-115.

disfrutaron del magisterio intelectual orteguiano en ese lustro<sup>60</sup>. En los distintos textos o en manuscritos preparados para dictar estas conferencias, es donde encontramos lo que hemos denominado como los “últimos latidos” del europeísmo orteguiano; es decir, las últimas reflexiones europeístas de Ortega sobre un base muy sólida y consolidada -la cual se percibe en los distintos textos puesto que aparecen en ellos los pilares fundamentales que hemos considerado hasta el momento-, fortalecida ahora en algunos de sus postulados al calor de los acontecimientos que deparó la segunda posguerra en esos primeros años de la década de los cincuenta. En este último punto, por tanto, y muy brevemente, rescatamos de cada uno de estos escritos los postulados europeístas que Ortega lanzó en los años decisivos para el inicio del proceso de integración europea.

Las diferencias entre la figura del intelectual y del político y su distinta misión dentro de la sociedad, obsesionaron a lo largo de toda su vida a Ortega. Su pequeño ensayo *Mirabeau o el político* va a encerrar entre sus páginas unas sugerentes y agudas reflexiones sobre estos dos tipos de hombres. Distintas ideas sobre la misma cuestión vendrán también insertas en párrafos de su “Prólogo para franceses” de 1937 y su “Epílogo para ingleses” de 1938 e, inclusive, en su texto *De Europa meditatio quaedam* de 1949. De la década de los cuarenta es también el texto *El intelectual y el otro* (1941), donde vuelve a reflexionar sobre el tema.. Antes, en 1926, ya había pensando sobre ello y había reconocido “que cada oficio y clase social elabora un tipo humano distinto, dotado de un repertorio peculiar de virtudes y vicios. De estos tipos humanos cada cual está predispuesto para una tarea afín y es incongruente encargar al uno que haga lo del otro. Si lo intenta lo hará torpemente”. “La reforma de la inteligencia”, *Obras Completas*, IV..., *op. cit.*, p. 496 La tarea pues, del intelectual, será la preocupación, siendo la del político el estadio contrario, es decir, la acción. El preocupado y contemplativo Ortega ha llegado a intuir la solución a la crisis de Europa: es necesario inventar nuevas instituciones en Europa. Ahora bien, tendrá que ser el verdadero político, y para Ortega éste es el político “arquetipo” no el “ideal”, quien lleve a cabo tan magna tarea. La diferencia, la que llevamos constatado a lo largo de los escritos de los años veinte: partir de lo real, de la más dura realidad de la vida, no de lo ideal.

En primer lugar, debemos decir que una de las ideas que rondaban en la cabeza del pensador español en estos últimos años de su vida fue escribir una segunda parte de su libro *La rebelión de las masas*. El intento no se consumó, y se conformó con dos conferencias en las que hizo referencia a su laureado libro: la primera de ellas, tuvo lugar

---

<sup>60</sup> Cfr. Zamora Bonilla, Javier, *Ortega y Gasset...*, *op. cit.*, pp. 476-486.



en junio de 1951 en Londres, bajo el título “Sobre La rebelión de las masas”<sup>61</sup>; y, la segunda en 1955, el año de su muerte, en Berlín, cuyo título fue “Veinticinco años después”. Hay que advertir, si bien, que sólo en esta segunda intervención Ortega recordó explícitamente en sus párrafos el mensaje europeísta que su libro de 1930 contenía. Lo hacía en estos términos: <<(…) aquel libro no habla sólo de las masas y de su rebelión, sino que lleva dentro una segunda parte no suficientemente reconocible en las ediciones alemanas, por no haberse destacado su título particular, y que es este: ¿Quién manda en el mundo? En esta segunda parte enunciaba yo que venía muy cerca la hora en que pueblos de Occidente corrían el riesgo de sucumbir si no lograban superar la forma de vida colectiva en que desde hace siglos vivían, a saber, la Nación>><sup>62</sup>.

Antes, en un texto de 1953<sup>63</sup>, Ortega había hecho referencia al “provincianismo” en el que habían caído los pueblos europeos al haber agotado su contenido la idea de nación, y no tener ésta capacidad para crear un programa de vida futura. El porvenir, volvía a repetir Ortega, para estos pueblos, era trascender la vieja estructura nacional por medio de una integración europea. Es en este mismo texto, en el que el intelectual Ortega se lamentaba de no haber sido escuchado y atendido cuando en la época de entreguerras lanzó dicho mensaje. Ahora, tras la Segunda Guerra Mundial, Ortega se avergonzaba del estado de invertebración en el que se encontraba Europa, y lo hacía desde la autoridad que le otorgaba ser <<entre los vivientes, el decano de la idea de Europa>><sup>64</sup>.

Ese mismo año, en una conferencia pronunciada en Munich<sup>65</sup>, Ortega afirmaba la existencia desde siempre en Europa de una conciencia cultural de carácter dinámico y de <<creación perpetua>> a lo largo de la historia, pero advertía que no se debía confundir cultura europea con unidad europea. Aunque, como ya sabemos, y Ortega se encargó de resumir en este texto, si existía para él una sociedad europea histórica perfectamente constituida por todos sus atributos. Ahora bien, faltaba darle verdadera forma política y jurídica; es decir, crear un verdadero Estado europeo. Y advertía, en un párrafo profético, que hacia la construcción política y jurídica de este Estado europeo <<(…) se irá – (…) en una u otra forma-, aunque no exista la voluntad espontánea, el deseo de ir a ella. Ese género de estructuras históricas depende mínimamente de las voluntades particulares y

<sup>61</sup> El texto de esta conferencia lo podemos encontrar en la edición del libro *La rebelión de las masas* de Thomas Mermall, en el Apéndice II que contiene dicho libro (*Op. cit.*, pp. 360-366).

<sup>62</sup> Cit. en Ortega Spottorno, José, *Los Ortega...*, *op. cit.*, pp. 354-355.

<sup>63</sup> “De nación a provincia de Europa”, en *Europa y la idea de nación...*, *op. cit.*, pp. 15-20.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>65</sup> “¿Hay hoy una conciencia cultural europea?”, en *Europa y la idea de nación...*, *op. cit.*, pp. 21-28.

máximamente de las necesidades o forzosidades>>><sup>66</sup>. En este texto, Ortega también denunció el hermetismo o “nacionalismo hacia dentro” en el que habían caído las naciones europeas tras la Segunda Guerra Mundial, lo que provocaba antipatías y distanciamiento moral entre ellas, en una época en la que era necesario avanzar hacia la unidad de Europa<sup>67</sup>.

Un año más tarde, en 1954, en una conferencia celebrada en Torquay (Gran Bretaña)<sup>68</sup>, advertimos una novedad en sus postulados europeístas. Ortega, por primera vez, se pronunció sobre la necesidad primera de avanzar a través de los sectores económicos para llegar a la unidad europea. Cuestión ésta, que ya había hecho que se pudiese en marcha la primera institución supranacional comunitaria, la CECA, gracias a los esfuerzos, en primer lugar, de Schuman y Monnet. Quizás, influenciado por la puesta en común de la producción del carbón y del acero, Ortega se pronunció en estos términos: <<la idea de Europa, y especialmente la de una economía europea unitariamente organizada, es la única figura que hallamos en nuestro horizonte capaz de convertirse en dinámico ideal. Sólo ella podría curar a nuestros pueblos de esa incongruencia desmoralizadora entre la amplitud ultranacional de sus problemas y la exigüidad provinciana de sus Estados nacionales>><sup>69</sup>. En otro sentido, volvió a denunciar el hermetismo en el que cayó cada nación europea, siendo naturalmente un freno al proceso integrador, así como también lo era la amenaza de guerra durante los años de la Guerra Fría. A pesar de ello, Ortega, valiente y optimista, afirmó que el europeo debía trascender sobre frenos y amenazas y llevar a cabo la empresa unitiva. No debía, seguía diciéndonos Ortega, permitirse la perpetuación de los problemas en los pueblos europeos<sup>70</sup>.

En ese mismo año, en otra conferencia, esta vez en Stuttgart, en la Alemania Occidental<sup>71</sup>, nuestro autor volvió a repetir las mismas premisas de economía ultranacional y superación de amenazas y frenos a las que se había referido en Torquay. Además, en este texto reiteró que la pluralidad de naciones era el secreto de la unidad de Europa; es decir, el principio de unidad en la diversidad. Al respecto, reafirmandose en su liberalismo, y en sentido democrático y dialogante, plural e individual, el mismo que

<sup>66</sup> *Ibidem*, los entrecorchetados en pp. 28 y 25.

<sup>67</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 27.

<sup>68</sup> “Una vista sobre la situación del gerente o ‘manager’ en la sociedad actual”, en *Europa y la idea de nación...*, *op. cit.*, pp. 166-191.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 184.

<sup>70</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 191.

<sup>71</sup> “Las profesiones liberales”, en *Europa y la idea de nación...*, *op. cit.*, pp. 192-212.

deseaba para llevar a cabo la unidad de Europa y combatir con ello las formulas colectivistas y totalitarias, decía que era <<insensato poner la vida europea a una sola carta, a un solo tipo de hombre, a una idéntica “situación”. Evitar ha sido el secreto acierto de Europa hasta el día, y la conciencia de ese secreto es la que, clara o balbuciente, ha movido siempre los labios del perenne liberalismo europeo. En esa conciencia se reconoce a sí misma como valor positivo, como bien y no como mal, la pluralidad continental. Me importaba aclarar esto para que no se tergiversase *la idea de una supernación europea que siempre he defendido*>><sup>72</sup>. Poco tiempo después de expresar estas ideas en las que resaltaba la constante fidelidad europea que siempre tuvo y mantuvo, el corazón europeísta de Ortega se paró un 18 de octubre de 1955.

---

<sup>72</sup> *Ibidem*, pp. 199-200, (Los subrayados son nuestros).